



ALISSA BRONTË
DESDE EL
INFIERNO,
CON AMOR

OPERACIÓN KHAOS II

zafiro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO
BIOGRAFÍA
CRÉDITOS

¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-
parte

SINOPSIS

Cuando la Guardia Civil de Almería desarticula una parte de la organización dedicada a la prostitución y trata de blancas que investiga a nivel internacional, el teniente Cobos recibe una información muy valiosa sobre el paradero de Soledad, a la que lleva buscando sin descanso desde hace años.

Sin pensar en los riesgos se desplaza hasta Rusia, donde se adentrará en el frío infierno en el que tienen presa a la mujer que ama.

Soledad no cree poder resistir mucho más tiempo en ese maldito lugar en el que la retienen, y cuando está pensando en tirar la toalla o en acabar con su vida, recibe la inesperada noticia de que han llegado visitantes españoles a su gélida prisión.

Pero lo que menos se podía esperar ella es que el hombre cuyo recuerdo le ha servido para mantener la cordura hubiera ido hasta allí para salvarla de las garras de su particular demonio.

*Para todas aquellas mujeres que han sufrido algún tipo de
abuso
y han sido tan valientes como para dejarlo todo atrás y em-
pezar de cero.
Porque, cuando el amor duele, quizá, no es amor...
Para todas las Soledad del mundo.*

PRÓLOGO

Siempre se oyen muchas noticias por televisión, algunas terribles. Cuando nos enteramos de alguna de estas últimas, negamos con la cabeza, nos cruzamos de brazos, agachamos la mirada. No entendemos cómo pueden ocurrir cosas así.

El caso es que, cuando somos jóvenes, creemos que tenemos toda la vida por delante y nos sentimos inmunes, pues estamos convencidos de que nunca nos pasará a nosotros algo tan espantoso; nos preguntamos, una y otra vez, cómo las víctimas de aquello que hemos visto en la pantalla han sido tan ingenuas como para caer en las garras de ese oscuro destino... Pensamos que somos más listos, más fuertes, desde luego menos inocentes, que la vida nos ha enseñado mucho, aunque seamos prácticamente unos niños.

Eso me ocurrió a mí. Me confié. Confié en él. Confié en mí misma. Nada me iba a detener. Nada malo me iba a suceder. Las noticias eran algo distante que, aunque me apenaban, nada tenían que ver con mis planes.

Y aquí estoy... en unos días, ocho para ser más exactos, cumpliré veinticuatro años. Miro al techo, con la cabeza tan erguida como puedo, alzando la barbilla tan alto que me duele el cuello, y todo para evitar sentir el fétido aliento del mismo desconocido que tengo encima noche tras noche, desde hace años... moviéndose sin control dentro de mí. Disfrutándome.

Noto sus empellones, oigo sus jadeos, respiro sus gemidos... y trago las arcadas de asco que acuden a mi boca, porque, si vomito, me golpeará otra vez.

Así que tengo que estar callada y abrir la boca tan sólo para decir cosas como «me ha encantado», «vuelve a la carga», «eres único dándome placer»...

Aunque también se me permite abrir la boca para jaldear, gemir o chupársela. Todo un variado muestrario.

Es triste, lo sé. Esto es lo que sucede cuando crees en la persona equivocada, cuando te niegas a ver la realidad de lo que te rodea, cuando todos te advierten y tú estás tan ciega de amor que no ves nada que no sea él. Tu estrella. Tu luna. Tu sol. Tu universo.

Por eso, a partir del día en el que él me falló, que me dejó sola y desprotegida, me juré que nunca más volvería a confiar en nadie.

Ésta es mi historia; una historia lamentable, lo sé, pero es la mía. Me llamo Soledad, soy de España y ahora vivo —o, mejor dicho, malvivo— en Rusia. Soy una de las muchas prostitutas del mundo. Soy una de las muchas mujeres que han sido víctimas del trato de blancas.

Soy, como se dice vulgarmente, una puta.

CAPÍTULO 1

Estaba harto de todo. A veces sentía ganas de tirar la toalla como habían hecho todos, pero no podía; se lo debía a ella y a sí mismo. Lo frustraba no haber conseguido todavía una pista fiable, ese dato que le asegurase que la banda detrás de la que andaba era la que estaba también tras la desaparición de Soledad hacía ya tanto tiempo... Pero no desistía; nunca se había rendido y no iba a empezar a hacerlo en ese instante. No podía permitirse ese lujo, y menos cuando era incapaz de dejar de pensar en ella, perdida y sola en algún prostíbulo de carretera en cualquier parte, sin importar el sitio, pues fuera donde fuese sería horrible.

De repente vio al sujeto al que hacía varios días que seguía; no estaba seguro de lo que tramaba, pero lo había estado vigilando y no le gustaba nada su actitud. Sospechaba que se traía algo entre manos con la banda que tenía en su punto de mira y, de momento, era su única pista consistente. Salió del coche, aparcado en un callejón oscuro donde pasaba desapercibido, y comenzó a seguirlo. No estaba de servicio, eso iba más allá de sus funciones como teniente de la Guardia Civil; por eso, no llevaba su arma reglamentaria, sino una que había conseguido a través de un vendedor poco recomendable pero que los ayudaba a mantener el tráfico de armas bajo control, a cambio de permitirle la venta de otros objetos de dudosa procedencia.

Fue tras él en medio de la noche, a una distancia prudencial; el sospechoso caminaba nervioso, su paso rápido y el movimiento de sus manos se lo indicaban. Se llevó una

de ellas al bolsillo y eso le hizo estar más alerta; conocía a los de su calaña y ese gesto y su manera de proceder no presagiaban nada bueno.

Aceleró el ritmo de sus pasos para posicionarse lo más cerca posible sin ser detectado, aunque dudaba de que el otro se diese cuenta de su presencia, ya que estaba demasiado concentrado en la labor que pensaba llevar a cabo.

Avanzó hasta colarse en los callejones aledaños a los muelles. A esa hora de la madrugada apenas había nadie por allí y eso era un punto más a favor de su teoría: no tramaba nada bueno.

De pronto, el hombre se detuvo y sacó un arma mientras apuntaba a otro, trajeado, que parecía... ¿asustado?, ¿sorprendido?

—¡Vas a pagar por todo! —gritó a la noche.

—¿Quién te envía? —exigió saber el tipo del traje sin perder la calma.

No estaba seguro de lo que se había encontrado, pero no podía permitir que matasen a alguien a sangre fría delante de sus narices.

—No voy a dejar que salgas de esta, ¡maldito cabrón! ¡Ella no entraba en el trato! No entraba en el trato... ¡Sois unos hijos de puta!

Cobos escuchaba y observaba la escena en estado de alerta, oculto en las sombras que le daban el cobijo que necesitaba; precisaba saber con qué había topado.

—Vamos, baja el arma, no merece la pena. ¿Quieres perder la vida tú también?

—Ya nada me importa... ¡Nada! —bramó amartillando el arma cerca de la víctima.

Cobos se vio en la obligación de salir, no podía dejar que la cosa se le fuera de las manos. Había algo en la presencia y actitud del hombre con traje que hizo que su instinto lo avisara de que estaba frente a uno de los peces gordos.

—Baja el arma —ordenó al sospechoso al salir de su escondrijo, colocándose junto a él sin perder la calma. Al fin y al cabo, era algo que hacía muy a menudo.

—No-no, te-tengo que acabar co-con él —tartamudeó al verse sorprendido por otro pistolero.

—Baja el arma o voy a tener que dispararte —repitió apretando los dientes.

—¿Quién eres tú? —masculló—. ¿Otro de sus mates? Entonces también eres culpable —lo acusó.

—No soy nadie, sólo pasaba por aquí, pero no voy a permitir que mates a ese hombre —explicó señalando con la cabeza al tipo trajeado, que permanecía impassible, atento a lo que sucedía.

—Entonces, impídemelo —lo desafió—. Tengo que hacerlo, no tengo nada que perder, ya estoy muerto —confesó mientras se disponía a tirotear a su blanco.

Sin dudarle, Cobos apretó el gatillo. La bala fue directa al muslo y lo hizo caer, pero el sujeto no se anduvo con chiquitas y, desde el suelo, apuntó a Cobos a la cabeza. Sin poder hacer nada más, disparó de nuevo e hizo diana; el hombre cayó fulminado. No le había gustado acabar con él, pero no podía permitirse dudar, rodeado como estaba de la gentuza con la que trataba. El tipo al que el sospechoso había apuntado y estaba a punto de matar no se inmutó, tan sólo lo miraba ocultando su rostro entre las sombras.

—Gracias —dijo de pronto con un marcado acento ruso.

—De nada, no podía dejar que matasen a alguien sin intervenir.

—¿Quién eres?

—Nadie, ya lo he dicho; sólo pasaba por aquí.

—¿Sabes quién soy?

—No, lo siento; ¿debería saberlo? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Deberías... Mi nombre es Andrey Kolzvov.

—Cobos —se presentó alargando la mano.

—¿Cómo te ganas la vida?

—Eso es algo que sólo me incumbe a mí.

—Quizá también a mí. Parece que usas los músculos —comentó analizándolo.

El teniente debía mantener la calma, ¡no podía creerlo! Estaba frente al mismísimo Andrey Kolzov, el cabeza pensante de la banda que investigaba desde hacía tanto tiempo y al que apenas unos pocos habían logrado ver. En el cuerpo ni siquiera tenían idea de cuál era su aspecto y de repente... parecía que iba a ofrecerle trabajo. ¿Acaso, por una puta vez en su maldita existencia, iba a tener suerte?

—Bueno... —soltó tratando de no perder la compostura—, trapicheo con drogas, participo en peleas clandestinas, hago algún encargo de vez en cuando si me lo pagan bien...

—¿Trabajas para alguien?

—No, se me puede considerar... *freelance*.

—¿Te apetecería tener algo más estable?

—¿Qué me ofrece?

—Un buen sueldo a cambio de que me protejas.

—¿Necesita protección?

—Al parecer, sí. Muy pocos sabían que iba a estar aquí, y es evidente que uno de ellos me quiere fuera del negocio. Por eso te quiero a mi lado.

—¿De cuánto hablamos?

—¿Cuánto vales?

—No va a poder pagarlo.

—Prueba.

—Seis mil.

—Trato hecho.

—Seis mil euros *al mes*. —Remarcó las dos últimas palabras para que quedase claro que no era barato contar con sus servicios.

—Perfecto.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. No me fio de los míos, Cobos, por eso te quiero a mi lado.

—No me conoce.

Andrey le hizo un gesto para que lo siguiese, ignorando al hombre que yacía sin vida en el suelo, y ambos se subieron a un lujoso automóvil que arrancó suave como la seda. Cobos decidió no hacer preguntas. Mientras no supiera que en realidad él era el enemigo, no tendría problemas; parecía haberse ganado la confianza de Andrey gracias a un maldito golpe de suerte.

—Me has salvado la vida. Si pretendieses hacerme daño, habrías dejado al yugoslavo que hiciera el trabajo por el que le habían pagado y, tal vez, después hubieras aprovechado la situación.

—¿Cómo sabe que no es una trampa?

—Te miro y veo que no eres ambicioso, no te interesa destronarme. ¡Si ni siquiera sabías quién era!

—No, no tenía ni idea. También eso es cierto... Lo de que no pretendo destronarte; tampoco sé en qué trono te sientas —mintió.

Cobos lo sabía, ¡por supuesto que sí! Era la cabeza de la serpiente y tenía tantas ganas de arrancársela de cuajo que no tenía claro cómo era posible que se estuviese controlando tanto cuando lo que en realidad deseaba era cogerlo y golpearlo hasta que le contase dónde demonios tenía a Sol.

—Hay honor en ti y confío en mi instinto —afirmó tocando su nariz—. No sé qué pretendes, pero sé que te quedarás a mi lado. ¿Por el dinero?, tal vez... aunque no me interesa la razón, lo que me importa es que me cubras las espaldas.

—Por seis mil al mes, cuidaré de que no te ocurra nada, puedes apostar por eso.

Al cabo de unos minutos, llegaron a una gran casa junto al mar. Bajó del coche tras detenerse y Andrey lanzó las llaves a un joven que sin duda conocía la rutina de su jefe.

Al dirigirse hacia la puerta, el teniente descubrió a dos «yettis» de unos dos metros de alto, peludos y con pinta de peligrosos. Sin duda lo matarían sin pestañear de ser preciso.

—Dmitry, Nicolay —los llamó—, éste es Cobos. Se incorpora a nuestro equipo a partir de hoy, he tenido un pequeño percance.

—¿Está bien, señor?—preguntó el tal Nicolay.

—Gracias a él; suerte que pasaba por el lugar adecuado en el momento oportuno.

—Toda una suerte, señor —masculló Dmitry.

—Sígueme, Cobos.

Los dos mastodontes hicieron amago de hacer lo mismo, pero Andrey levantó una de sus manos y los detuvo en seco.

—Vosotros no, sólo voy a necesitar a Cobos.

El teniente lo siguió hasta un gran jardín situado en la parte trasera de la casa, en el que no faltaban todo tipo de plantas exóticas.

—Me relaja...

—¿Qué, señor?

—Mis plantas. Si las cuido, crecen; si las abandono, mueren... Igual que hago con los hombres que forman parte de mi equipo; si me son fieles, crecen a mi lado; si me traicionan, mueren —sentenció arrancando de raíz una planta mustia—. Uno de los míos me está vendiendo; por eso, a partir de ahora, vas a ser parte de mi escolta.

Cobos asintió. No podía pedir más, la diosa Fortuna parecía estar de su lado esa vez y pensaba aprovecharla.

Fue así como se convirtió, de la noche a la mañana, en parte de la guardia personal de Andrey Kolzov; tal vez, por fin, pudiese encontrar alguna información sobre Soledad y su posible paradero. Andrey era un tipo extraño. Llevaba el pelo largo recogido atrás en una cola; sus ojos azules como el mar siempre estaban alertas, y era tan alto y fuerte como él mismo; se trataba de un gran rival. Si tuviese que pelear contra él en una lucha cuerpo a cuerpo, sin du-